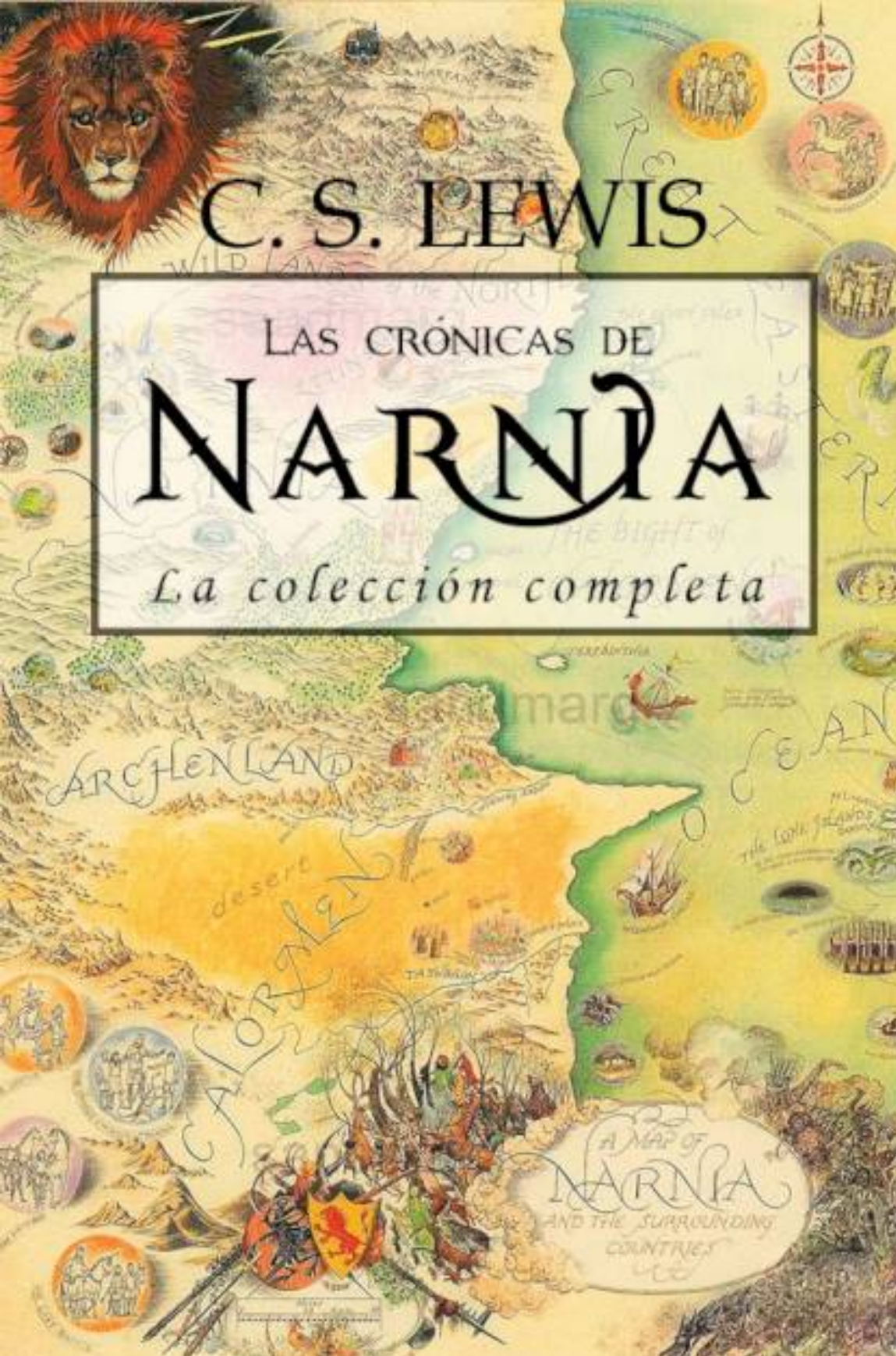




C. S. LEWIS

LAS CRÓNICAS DE
NARNIA

La colección completa



Las crónicas de Narnia (en inglés: *The Chronicles of Narnia*) es una heptalogía de libros infantiles escrita por el escritor y profesor anglo-irlandés C. S. Lewis entre 1949 y 1954. Relata las aventuras en Narnia, tierra de fantasía y magia creada por el autor, y poblada por animales parlantes y otras criaturas mitológicas que se ven envueltas en la eterna lucha entre el bien y el mal. Aslan, un legendario león creador del país de Narnia, se constituye como el auténtico protagonista de todos los relatos (si bien los cuatro hermanos Pevensie: Peter, Susan, Lucy y Edmund, aunque ausentes directamente en dos títulos, sirven de hilo conductor). La saga es considerada un clásico de la literatura infantil, y es el trabajo más conocido del autor, habiendo vendido más de 100 millones de ejemplares, y siendo traducida a más de 41 idiomas. Las Crónicas de Narnia se han adaptado varias veces, completa o en parte, por la radio, la televisión, el cine y el teatro. Además de numerosos temas cristianos tradicionales, la serie toma los personajes y las ideas de la mitología griega y la mitología romana, así como de los cuentos de hadas tradicionales británicos e irlandeses.

El león, la bruja y el armario

Título original: *The Lion, the Witch and the Wardrobe*

C. S. Lewis, 1950

Traducción: Gemma Gallart

Editor digital: Sirius

Cuatro hermanos descubren un armario que les sirve de puerta de acceso a Narnia, un país congelado en un invierno eterno y sin Navidad. Entonces, cumpliendo con las viejas profecías, los niños —junto con el león Aslan— serán los encargados de liberar al reino de la tiranía de la Bruja Blanca y recuperar el verano, la luz y la alegría para todos los habitantes de Narnia.

Para Lucy Barfield

Mi querida Lucy:

Escribí esta historia para ti, pero cuando la empecé no había caído en la cuenta de que las muchachas crecen más rápidamente que los libros. Por lo tanto, ya eres mayor para los cuentos de hadas y, para cuando el relato esté impreso y encuadernado, serás aún mayor. Sin embargo, algún día serás lo bastante mayor para volver a leer cuentos de hadas, y entonces podrás sacarlo de la estantería superior, quitarle el polvo y decirme qué opinas de él. Probablemente, yo estaré tan sordo que no te oiré, y seré tan viejo que no comprenderé nada de lo que digas... A pesar de todo seguiré siendo...

Tu afectuoso padrino,

C. S. Lewis

Capítulo 1

Lucy se mete en el armario

Había una vez cuatro niños que se llamaban Peter, Susan, Edmund y Lucy, y esta historia cuenta algo que les sucedió cuando los enviaron lejos de Londres durante la guerra debido a los ataques aéreos.

Los llevaron a la casa de un anciano profesor que vivía en el centro del país, a más de quince kilómetros de la estación de ferrocarril más cercana y a tres kilómetros de la oficina de correos más próxima. No tenía esposa y vivía en una casa muy grande con un ama de llaves llamada señora Macready y tres sirvientas (Se llamaban Ivy, Margaret y Betty, pero no son muy relevantes para el relato). El profesor era un hombre muy viejo con una desgredada mata de pelo blanco que le tapaba gran parte del rostro, además de la cabeza, y a los niños les cayó bien casi de inmediato; aunque la tarde en que llegaron, cuando salió a recibirlos a la puerta principal, su aspecto les resultó tan raro que Lucy, que era la más joven, le tuvo un poco de miedo, y Edmund, que era el siguiente más joven, sintió ganas de echarse a reír y tuvo que fingir todo el tiempo que se sonaba la nariz para disimular.

Aquella primera noche, en cuanto dieron las buenas noches al profesor y subieron a acostarse, los chicos fueron a la habitación de las chicas y discutieron la situación.

—Nos ha tocado la lotería, no cabe duda —dijo Peter—. ¡Esto es genial! Ese anciano nos dejará hacer todo lo que queramos —dijo Peter a Susan, Edmund y Lucy.

—Yo pienso que es un anciano encantador —comentó Susan.

—¡Vamos, anda! —exclamó Edmund, que estaba cansado aunque fingía no estarlo, algo que siempre lo ponía de malhumor—. No empieces a hablar así.

—¿Cómo? —inquirió ella—. Y además, ¿tendrías que estar ya en la cama!

—Intentas hablar como mamá —replicó Edmund—. Y ¿quién eres tú para decir cuándo tengo que irme a la cama? ¿Por qué no vas a dormir tú?

—¿No sería mejor que nos fuéramos todos a dormir? Seguro que se armará un buen alboroto si nos oyen hablando aquí.

—No, ¡nada de eso! —afirmó Peter—. Os digo que ésta es la clase de casa donde a nadie le va a importar lo que hagamos. De todos modos, no nos oirán. Es necesario andar al menos diez minutos para ir desde aquí al comedor, y también hay una buena cantidad de escaleras y pasillos entre un sitio y el otro.

—¿Qué es ese ruido? —dijo Lucy de repente.

Era una casa mucho más grande que cualquier otra en la que la niña hubiera estado jamás, y pensar en todos aquellos pasillos largos e hileras de puertas que conducían a habitaciones vacías empezaba a inquietarla un poco.

—No es más que un pájaro, boba —contestó Edmund.

—Es un búho —afirmó Peter—. Este sitio será un lugar maravilloso para observar pájaros. Me voy a acostar. Propongo que vayamos de exploración mañana. Se puede encontrar de todo en un sitio como éste. ¿Visteis esas montañas cuando veníamos? ¿Y los bosques? A lo mejor hay águilas. O quizá ciervos. Seguro que hay halcones.

—¡Tejones! —exclamó Lucy.

—¡Zorros! —apuntó Edmund.

—¡Conejos! —añadió Susan. Pero cuando llegó la mañana siguiente caía una lluvia persistente, tan torrencial que al mirar por la ventana no se veían ni las montañas ni los bosques, ni siquiera el arroyo del jardín.

—¡Vaya, tenía que llover! —se quejó Edmund.

Acababan de terminar de desayunar con el profesor y estaban arriba en la habitación que éste les había reservado: una larga y estrecha habitación con dos ventanas que daban en una dirección y dos en otra.

—Deja de refunfuñar, Ed —dijo Susan—. Diez a uno a que despeja en una hora más o menos. Y mientras, no creo que nos aburramos. Hay una radio y cantidad de libros.

—No me interesan —declaró Peter—. Voy a explorar la casa.

A todos les pareció muy buena idea y así fue como empezaron las aventuras. Era una de esas casas que parecen no tener final, y estaba llena de lugares inesperados. Las primeras puertas que probaron conducían sólo a dormitorios desocupados, como todos habían supuesto; pero no tardaron en llegar a una habitación muy grande llena de cuadros, y allí encontraron una armadura completa; y la siguiente fue una habitación toda tapizada de verde, con un arpa en un rincón, y luego bajaron tres peldaños y subieron cinco, y a continuación apareció una especie de pequeño vestíbulo superior y una puerta que conducía a una galería y luego a una serie de habitaciones que comunicaban unas con otras y tenían las paredes llenas de libros; casi todos los libros eran muy antiguos y algunos eran más grandes que la Biblia de una iglesia. Casi a continuación se encontraron con una habitación que estaba totalmente vacía, a excepción de un enorme armario; uno de esos que tienen un espejo en la puerta. No había nada más en la estancia aparte de un moscón azul muerto en el alféizar de la ventana.

—¡Aquí no hay nada! —anunció Peter, y todos salieron en tropel; todos excepto Lucy.

La niña se quedó atrás porque pensó que valía la pena intentar abrir la puerta del armario, aunque estaba casi segura de que estaría cerrada con llave. Ante su sorpresa se abrió con facilidad y cayeron al suelo dos bolas de naftalina.

Al mirar dentro, vio varios abrigos colgados, que en su mayoría eran largos y de piel. No había nada que a Lucy le gustara más que el olor y el tacto de la piel, así que se metió inmediatamente en el armario, se cobijó entre los abrigos y restregó el rostro contra ellos, dejando la puerta abierta, desde luego, porque sabía que era una soberana tontería encerrarse en un armario. No tardó en introducirse más en él y descubrió que había una segunda hilera de abrigos colgados detrás de la primera. Estaba muy oscuro allí dentro así que estiró los brazos hacia delante para no chocar de cara contra el fondo del armario. Dio un paso más —luego dos o tres— esperando siempre palpar el fondo de madera con la punta de los dedos; pero no lo encontró.

«¡Madre mía! ¡Este armario es enorme!», pensó Lucy, avanzando más aún, a la vez que apartaba a un lado los suaves pliegues de los abrigos para poder pasar. Entonces notó que había algo que crujía bajo sus pies. «¿Serán más bolas de naftalina? », se preguntó, inclinándose para palparlo con la mano. Pero en lugar de tocar la dura y lisa madera del suelo del armario, tocó algo blando, arenoso y sumamente frío.

—Esto es muy raro —dijo, y dio un paso o dos más al frente.

Al cabo de un instante se percató de que lo que le rozaba el rostro y las manos ya no era suave piel sino algo duro y áspero e incluso espinoso.

—¡Vaya, pero si son ramas de árboles! —exclamó.

Y entonces vio que había una luz más adelante; no unos cuantos centímetros más allá donde debería haber estado la parte posterior del armario, sino bastante más lejos. Algo

frío y blando le caía encima, y no tardó en descubrir que estaba de pie en medio de un bosque en plena noche con nieve bajo los pies y copos cayendo desde lo alto.

Lucy se asustó un poco, pero también la embargó la curiosidad y la emoción. Miró por encima del hombro y allí, entre los oscuros troncos de los árboles pudo ver aún la puerta abierta del armario e incluso vislumbrar la habitación vacía de la que había partido; pues, como era de esperar, había dejado la puerta abierta, ya que sabía que era una soberana tontería encerrarse en un armario. Allí aún parecía ser de día. «Siempre puedo regresar si algo sale mal», pensó, y empezó a avanzar, con la nieve crujendo bajo sus pies mientras cruzaba el bosque en dirección a la otra luz. La alcanzó al cabo de unos diez minutos y descubrió que se trataba de un farol. Mientras estaba allí de pie, contemplándola, preguntándose por qué había un farol en medio de un bosque y también qué haría a continuación, oyó un golpeteo de pasos que se dirigían hacia ella. Y, casi inmediatamente después, una persona muy extraña surgió de los árboles y penetró en el haz de luz que proyectaba el farol.

Era apenas un poco más alto que Lucy y sostenía un paraguas sobre la cabeza, blanco por la nieve. De la cintura para arriba era igual que un hombre, pero sus piernas eran como las de una cabra —con un pelaje de un negro lustroso— y en lugar de pies tenía pezuñas de cabra. También tenía cola, pero Lucy no la vio al principio ya que reposaba tranquilamente sobre el brazo que sostenía el paraguas para impedir que se arrastrara por la nieve.

Llevaba una bufanda roja de lana alrededor del cuello y su piel también era bastante rojiza. Tenía la cara menuda, extraña pero agradable, con una barba corta y puntiaguda y una melena rizada de la que sobresalían dos cuernos, uno a cada lado de la frente. Como ya he dicho, con una mano sostenía el paraguas; en el otro brazo llevaba varios paquetes envueltos en papel marrón. Entre los paquetes y la nieve parecía que acabara de realizar sus compras de Navi-

dad. El recién llegado era un fauno, y cuando vio a Lucy se sobresaltó de tal modo que dejó caer todos los paquetes.

—¡Válgame Dios! —exclamó el fauno.

Capítulo 2

Lo que encontró Lucy

—Buenas tardes —saludó Lucy.

El fauno estaba tan concentrado en hacerse con los paquetes que al principio no respondió, pero cuando hubo acabado, le dedicó una leve reverencia.

—Buenas tardes, buenas tardes —respondió—. Perdona, no quisiera resultar curioso, pero ¿me equivoco al pensar que eres una Hija de Eva?

—Me llamo Lucy —respondió ella, sin comprender exactamente a qué se refería él.

—Pero, perdona si insisto, ¿eres lo que se llama una chica?

—Desde luego que soy una chica.

—¿Eres humana de verdad?

—Pues ¡claro que soy humana! —respondió Lucy, todavía algo desconcertada.

—Por supuesto —dijo el fauno—. ¡Qué tonto soy! Pero es que jamás había visto a un Hijo de Adán ni a una Hija de Eva. Encantado de conocerte. Es decir... —Y entonces se detuvo como si hubiera estado a punto de decir algo sin querer pero se hubiera contenido a tiempo—. Encantado, encantado —repitió—. Permite que me presente. Me llamo Tumnus.

—Encantada de conocerte, señor Tumnus —contestó ella.

—Y puedo preguntar, Lucy, Hija de Eva —inquirió el señor Tumnus—, ¿cómo has entrado en Narnia?

—¿Narnia? ¿Qué es eso?

—Ésta es la tierra de Narnia —respondió el fauno—, donde nos encontramos ahora; todo lo que hay entre el farol y el gran castillo de Cair Paravel en el mar oriental. Y tú... ¿has venido desde los Bosques Salvajes del Oeste?

—En... entré a través del armario de la habitación de invitados. —Respondió Lucy.

—¡Ah! —dijo el señor Tumnus con voz algo melancólica—. Si hubiera estudiado más geografía de pequeño, sin duda conocería de memoria esos extraños países. Ahora ya es demasiado tarde.

—Pero ¡si no es otro país! —protestó Lucy, casi riendo—. Está justo ahí detrás..., al menos... no estoy segura. Allí es verano.

—Mientras tanto —indicó el señor Tumnus—, en Narnia es invierno, y es así desde hace una eternidad, así que nos resfriaremos si nos quedamos aquí charlando en la nieve. Hija de Eva del lejano país de Tación de Invitados donde reina el verano eterno alrededor de la luminosa ciudad de Arma Río, ¿te gustaría ir a cenar conmigo?

—Muchas gracias, señor Tumnus —respondió ella—; pero creo que debería regresar.

—Está a la vuelta de la esquina —dijo el fauno—, y habrá un buen fuego encendido..., y tostadas..., y sardinas..., y tarta.

—Vaya, eres muy amable —aceptó Lucy—. Pero no podré quedarme mucho tiempo.

—Si me tomas del brazo, Hija de Eva —indicó el señor Tumnus—, sostendré el paraguas de forma que nos cubra a los dos. Perfecto. Ahora..., en marcha.

Así fue como Lucy se encontró andando por el bosque, del brazo de aquella extraña criatura como si se conocieran de toda la vida.

No habían andado mucho cuando llegaron a un lugar donde el terreno se volvía escarpado y había rocas por todas partes y colinas bajas que lo cubrían todo. Al llegar al fondo de un pequeño valle el señor Tumnus giró repentinamente a un lado como si tuviera intención de entrar directamente en una enorme roca, pero en el último instante Lucy descubrió que conducía a la entrada de una cueva. En cuanto estuvieron en el interior, la pequeña parpadeó, deslumbrada por la luz del fuego de leña. Entonces su acompañante se inclinó y tomó un llameante madero del fuego con un par de tenazas elegantes y menudas, y encendió una lámpara. —Va a estar listo en seguida— anunció, e inmediatamente colocó una tetera en el fuego.

Lucy pensó que nunca había visto un lugar tan bonito.

Era una acogedora cueva seca y limpia, de piedra rojiza, con una alfombra en el suelo, dos sillas pequeñas. —«Una para mí y otra para un amigo», dijo el señor Tumnus—, una mesa, una cómoda, una repisa sobre la chimenea, y encima de ésta, un cuadro de un fauno anciano con una barba gris. En una esquina había una puerta que Lucy supuso que debía de conducir al dormitorio de su anfitrión, y en una pared había una estantería llena de libros. La niña los contempló mientras él disponía las cosas para el té; tenían títulos como *Vida y cartas de Sileno* o *Ninfas y sus costumbres* u *Hombres, monjes y guardabosques*; *Un estudio de la leyenda popular* o *¿Es el ser humano un mito?*

—¡Ya está, Hija de Eva! —dijo el fauno.

La cena estaba riquísima. Consistió en un excelente huevo marrón, poco hervido, para cada uno; luego, sardinas con pan; a continuación, tostadas con mantequilla y tostadas con miel, y para terminar, una tarta recubierta de azúcar. Cuando Lucy se cansó de comer, el fauno empezó a hablar; tenía relatos maravillosos que contar sobre la vida en el bosque.

Le habló de las danzas a medianoche y de cómo las ninfas que vivían en los pozos y las dríadas que habitaban en

los árboles salían a bailar con los faunos; de las largas cacerías en pos del ciervo blanco como la leche que podía concederte deseos si lo capturabas; de los banquetes y las búsquedas de tesoros con los salvajes Enanos Rojos en las profundas minas y cavernas situadas bajo el suelo del bosque, a gran profundidad; también le habló del verano, cuando los bosques eran verdes y el viejo Sileno montado en su rechoncho asno acostumbraba a visitarlos, y a veces incluso el mismo Baco los honraba con su visita; le contó como en aquellas ocasiones los arroyos fluían con vino en lugar de agua y como todo el bosque se entregaba al jolgorio durante semanas enteras.

—Aunque ahora siempre es invierno —añadió con melancolía.

A continuación, para animarse, sacó de un estuche colocado sobre la cómoda una curiosa flauta que parecía estar hecha de paja, y empezó a tocar. La melodía que entonó hizo que Lucy deseara gritar, reír, bailar y echarse a dormir, todo al mismo tiempo. Sin duda habían transcurrido ya algunas horas cuando la niña sacudió la cabeza y dijo:

—Perdona, señor Tumnus, siento mucho tener que interrumpirte; la verdad es que me encanta esa melodía, pero debo ir a casa. Sólo pensaba quedarme unos minutos.

—Ya no sirve de nada —indicó el fauno, dejando la flauta y sacudiendo la cabeza muy apenado.

—¿Que ya no sirve de nada? —inquirió Lucy, poniéndose en pie de un salto al tiempo que se iba alarmando—. ¿Qué significa eso? Tengo que irme a casa ahora mismo. Los demás se estarán preguntando qué me ha sucedido. — Al cabo de un momento, preguntó—: ¡Señor Tumnus! ¿Qué sucede?

Los ojos castaños del fauno se habían llenado de lágrimas que, al poco tiempo, empezaron a resbalar por sus mejillas y no tardaron en rodar también por la punta de su nariz; y finalmente la criatura se cubrió el rostro con las manos y empezó a llorar desconsoladamente.

—¡Señor Tumnus! ¡Señor Tumnus! —dijo Lucy muy angustiada—. ¡No llores! ¡No llores! ¿Qué sucede? ¿No te encuentras bien? Querido señor Tumnus, dime qué ocurre.

Pero el fauno siguió sollozando como si se le fuera a partir el corazón; y ni siquiera cuando Lucy se inclinó hacia él, lo rodeó con los brazos y le prestó su pañuelo, se detuvo. Se limitó a tomar el pañuelo y lo usó sin cesar, retorciéndolo con ambas manos cada vez que estaba tan empapado que no absorbía nada, de modo que al poco tiempo Lucy se encontró de pie en medio de un charquito de agua.

—¡Señor Tumnus! —vociferó la niña en su oído, zaran-deándolo—. Deja de llorar. ¡Cálmate de una vez! Debería darte vergüenza, un fauno grandote como tú. ¿Por qué diablos lloras?

—¡Bua! —sollozó él—. Lloro porque soy un fauno malísimo.

—Yo no creo que seas un fauno malo —respondió ella—. Creo que eres un fauno muy bueno. Eres el fauno más gentil que he conocido jamás.

—Snif, snif. No dirías eso si lo supieras —replicó él entre sollozos—. No, soy un fauno malo. No creo que haya habido jamás un fauno peor desde el principio del mundo.

—Pero ¿qué es lo que has hecho?

—En cambio mi padre —continuó el señor Tumnus—; ahí está su retrato, sobre la repisa de la chimenea. Él jamás habría hecho algo así.

—¿Algo como qué? —inquirió Lucy.

—Como lo que yo he hecho —respondió el fauno—. Entrar al servicio de la Bruja Blanca. ¡Eso es lo que pasa! Estoy al servicio de la Bruja Blanca.

—¿La Bruja Blanca? ¿Quién es?

—Vaya, pues ella es quien tiene a toda Narnia bajo su dominio. Es ella quien hace que siempre sea invierno. Siempre invierno y nunca Navidad; ¡imagínatelo!

—¡Qué horror! Pero ¿cuál es tu función?